

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

DEL PARLAMENTO

El debate parlamentario en el Congreso ha ofrecido un curioso espectáculo, asaz interesante para los que enlazan el pasado con el presente y los consideran en su íntima conexión, ó en sus contrastes, ejemplares como un desengaño. Recordando las Cortes de Cádiz, reunidas en momentos supremos también, el contraste es vivísimo. Aquellas Cortes fueron convocadas por impulso de la nación, á fin de que sirviesen de áncora salvadora y de faro que señalase la ruta; éstas se convocaron porque no había otro remedio sino acatar la fórmula; y si lo hubiese, sin convocar se quedan. En aquéllas se cifraba la esperanza; en éstas se ve el peligro, el coco, una amenaza para el orden. Aquéllas representaban, sin embargo, la voluntad y el pensamiento de España, y éstas, como nadie ignora, la labor de esa especie de mecánica que en las esferas oficiales se maneja y que fabrica mayorías y minorías á gusto del poder, como el hornero bollos en punto y sazón, por medio de recetas invariables. Enérgicas y llenas de voluntad aquellas Cortes gaditanas, no se las temía, se las amaba, se confiaba en ellas; amaños y dóciles éstas, se las teme más que á un cartucho de dinamita, y todos los esfuerzos de los que nos gobiernan se encaminan á tapar la boca á los diputados, como si de ella fuesen á salir estragos, asolamientos y fieros males sin número.

* *

Espectadora desinteresada, aficionada á presenciar, ajena á toda pasión política, patriota á secas, confieso que no vuelvo de mi asombro considerando el camino recorrido por el parlamentarismo en España en menos de una centuria. Aquel espíritu de libertad, aquel ambiente de discusión y lucha en que se fraguaron nuestros destinos de pueblo moderno; aquel amor profundo á las instituciones democráticas que expresaban nuestros padres y abuelos en forma más ó menos candorosa, que tomó por lema la consabida frase *Constitución ó muerte*, y que en efecto, no verbalmente, sino con su sangre generosa sellaron tantos que ha poco se llamaban mártires y ya deben llamarse ilusos; aquellas magníficas tempestades de la Tribuna, resonantes como el Océano, de las cuales surgieron nuestras nuevas leyes; todo eso ha caducado, todo eso ha pasado, todo eso se ha puesto de moda desdeñarlo, condenarlo y maldecirlo; y no poco á poco, sino de golpe, el catafalco de la mentira parlamentaria se ha venido á tierra, y la aspiración al gobierno absoluto, indiscutido é indiscutible, el ansia enfermiza de la dictadura, se han abierto calle, promulgando el dogma del silencio — el dogma de todas las situaciones de fuerza, la inspiración de los momentos de pánico.

No he sido jamás muy entusiasta del parlamentarismo. En esto parecí reaccionaria, cuando sólo me adelantaba á los sucesos. Un bello discurso me gusta y cautiva como obra de arte, pero raras veces me persuade como obra de sólido raciocinio; y es que los discursos parlamentarios son *políticos*, lo cual basta para decir que posponen la sinceridad á un tejido de intenciones y fines peculiares, naturalmente interesados, y que aspiran á ser hábiles antes que á ser heroicamente útiles. No lamento, pues, que el sistema se hunda (y que se hunde es seguro); hasta echaré las campanas á vuelo el día en que las Cortes se nombren de real orden, y no nos pongan en el caso de sufrir los infinitos trastornos y odiosos vejámenes que las elecciones llevan consigo. Si llega á adoptarse tan sabia medida, las Cortes no serán ni

más ni menos que hoy la expresión de la voluntad de la patria, pero á lo menos no nos ocasionarán disgustos, y quizás no padeceremos ciertas *vendettas* y castigos que se nos aplican por el delito de que, verbi gracia, nuestros colonos den sus sufragios al candidato de oposición. Y voto á bríos (lo único que puedo votar), que nada perderemos con la desaparición del sistema parlamentario las mujeres, que tenemos el honor de ser tan contribuyentes como los varones, pero no hemos llegado ni á la dignidad de elegir, prerrogativa que, nominalmente, posee el más ignaro de los españoles, y en realidad de verdad sólo ejerce el ministro de la Gobernación, pudiéndose decir que España es un estado regido por un Gran Elector..., no de Baviera, sino de Babia.

Sí, lo repito; ya no creemos en el sistema; pero mientras nos rija, mientras sea forma combatida y desprestigiada, pero vigente, de nuestra vida política, no me explico la tendencia del debate á que acabo de asistir, ni comprendo que el público acepte y patrocine la idea de que en un país con instituciones parlamentarias, al punto en que se desarrollan sucesos de importancia excepcional, se declare patriótica aquella célebre consigna:

Con el rey y la inquisición... ¡chitón!

No es hora esta de hablar, sino de proceder — oigo que repiten por ahí. — No alcanzo, y me pesa, las razones en que se funda este toque de silencio. A nadie se le ocurrirá dudar que cuando estalla una guerra, se impone la acción; pero ¿es incompatible esta acción con los discursos parlamentarios? Mientras los diputados ejercitan su derecho, la escuadra sigue navegando, los astilleros trabajando, las fábricas fundiendo municiones, el soldado peleando, el jefe mandando, la sangre corriendo. Nada se retrasa ni se estorba porque en el Congreso y en el Senado hablen hasta quedarse afónicos. Podrá á lo sumo resultar que el debate es estéril, pero nadie ha sabido explicarme por qué ni cómo es perjudicial — para la patria, bien entendido. — Que moleste al Gobierno, conformes; pero llévenlo en paciencia: son gajes del oficio, como diz que dijo el rey Humberto al pasarle el sombrero una bala.

El debate es estéril, afirman, porque no nos da un cañón ni un barco más. ¡Insigne perogrullada! ¿Es que esperábamos que las palabras se transformasen en armamento? Y sin embargo..., así como el toque de los clarines israelitas hizo caer las murallas de Jericó, inspirando á Víctor Hugo aquel hermoso apóstrofe: «¡Sonad, sonad siempre, clarines del pensamiento!...» pudiera suceder que voces elocuentes diesen, si no los cañones fundidos, la fuerza que lleva á fundirlos, ó excitasen el sentimiento de la responsabilidad tremenda que entraña el poder y que obliga á desplegar mayor actividad, á afrontar con mayor decisión y energía críticas situaciones. Es imposible que cuando una nación se encuentra con el conflicto que hoy padece España, se conforme á no resollar, á no pensar, á no recordar; es imposible que no se agite, que permanezca muda, inmóvil, esperando la consigna, como el centinela. Lo que sucede nos llega demasiado adentro para que guardemos ese silencio mortal. Si callásemos, nos embruteceríamos; estaríamos lelos ó difuntos y habría cesado de funcionar nuestro cerebro y de latir nuestro corazón. ¿Cómo no ha de reflejarse en las Cortes esta ansiedad nuestra? Y al cabo, allí la discusión siempre es más templada, ilustrada é instructiva que en los corrillos y en los cafés; hay contradicción autorizada, y por consiguiente se necesita fundar lo que se dice, razonar el ataque, robustecer el argumento. Si se me preguntase mi impresión, diría que, lejos de hallar en el debate parlamentario esa verbosidad que se censura, creo que se habló poco, muy poco, de lo que nos hiere el alma. Cierzo que á veces han sido verbosos, pero ¿cuándo? Cuando pretendía cada quisque patrocinar su solución política y propagar sus aspiraciones particulares; cuando nos ofrecían sus repúblicas y sus tradicionalismos á guisa de elixir de perfecto amor de Dulcamara, de curalo todo y universal panacea; pero ¿quién habrá encontrado pesadez ni habladuría hueca y tonta lo que se refería á la guerra misma, á sus orígenes, á las imprevisiones ó torpezas que prepararon la situación actual, á los vicios radicalísimos de nuestro modo de ser gobernados, cuyas fatales consecuencias tocamos, no con la mano, sino con el corazón, despedido de dolor y henchido de ardientes lágrimas?

* *

Vano es hablar de lo que ya pasó, claman algunos, como si lo que pasó no fuese la historia, y la historia no fuese maestra de la verdad, y al conocer la historia contemporánea, reciente, actual, no fuese

cosa necesaria, indispensable, para la enmienda y corrección de los procedimientos que nos han precipitado en esta honda sima. Jamás la teoría de los hechos consumados había tenido más absurda aplicación. Nos abruma las catástrofes, y se reprobaba la investigación de sus causas, como si fuese un delito, cuando más bien estamos enfermos de indiferencia, de inercia, de abatimiento de la opinión. He leído, entre las muchas noticias que estos días corrieron, que nuestros enemigos los yanquis, notando la poca habilidad y acierto de su almirante Sampson, piensan relevarlo sin tardanza. Hacen bien, hacen bien. Si en España el desacierto se pagase, no sería crónico el desacierto. La opinión se forma, se vigoriza, con el conocimiento de la realidad, con el conocimiento de los sucesos, de sus fuentes y consecuencias; y como se acrimina á los que intentan depurar los hechos y á los que quieren saber se les envía á Salamanca ó se les califica de traidores y por poco se les achaca la pérdida de nuestro imperio colonial y el infausto día de Cavite, vivimos como niños pequeños, con el dedito en la boca, y nos cogen de sorpresa las calamidades, desprevenidos para el remedio. Nuestra actitud pasiva, de gente silenciosa, pero dispuesta á todos los sacrificios, se explicaría si tuviésemos fe en los que nos dirigen. ¿La tenemos? Responda en conciencia cualquier español.

* *

La guerra internacional nos ha cogido amodorrados. Ocho días antes de declararse, gente muy formal aseguraba, sonriendo y derramando satisfacción por todos los poros, que nunca llegaría á surgir. «¿Pero usted cree ese infundio de la guerra?» me decían apiadosos de mi sencillez. Y mientras aquí nos paseábamos por el Limbo, hacía nueve meses (el tiempo necesario para que se engendre y nazca una criatura) que Leiter, el famoso acaparador que apandó en Chicago con la cosecha enterita del Far West, afirma que todos los compradores de grano de América han hecho dos cuartos de lo mismo, almacenando cada uno lo que pudo, porque sabían de fijo que la guerra era inminente. Y añade Leiter, contestando á los que le increpan acusándole de imponer el hambre al mundo entero para realizar un colosal negocio: «Con tal que coman los norteamericanos, poco me importa que ayunen todos los demás.» ¡Ah! ¿Cómo les envidio á los yanquis este sugeto! Sí, se lo envidio, y les envidio los nueve meses y quizás los nueve años y no sé si podría escribir los nueve lustros que hace que obedecen á una idea fija, á un plan meditado, de un maquiavelismo burdo, pero terrible, al paso que nosotros no nos acordábamos ni de su existencia, y la víspera de la ruptura de hostilidades aún creíamos que Mac-Kinley nos miraba con buenos ojos y que la disensión se arreglaría en familia...

Cualquier cosa antes que esa inocente candidez. Que se hable, que se discuta, que se despierte España; que sea consciente, no resignada y fatalista. El fatalismo, allá para los moros. Sintámonos miembros vivos de la patria todos y cada uno. La pasividad ciega no la infunden sino los jefes inmortales y ciertos, los héroes. Que Hernán Cortés fanatizase á sus huestes, se concibe. Hoy no tenemos Corteses, ni siquiera Pizarros. Tratemos de ver, tratemos de comprender. ¡Cuando pienso que si nuestros gobiernos hubiesen visto y comprendido á tiempo y con tiempo, tal vez podríamos dar una lección á estos nuevos bárbaros del petróleo! ¡Cuando pienso que nuestra noble y viril defensiva podría convertirse en ofensiva resuelta y victoriosa! ¡Que podríamos cerrar el siglo con un triunfo!...

* *

Y quieren que ni aun nos quede el derecho de hablar, de gemir, de quejarnos; Raquel, llorando á sus hijos, no podía consolarse porque estaban muertos; á nosotros nos dicen que no lloremos alto, precisamente porque el daño se consumió, porque ya sucedió lo que había de suceder... Pues por eso, por eso cabalmente, no nos avenimos á repetir á coro con los gobernantes:

Nous sommes vieux, soyons tranquilles,
dormons à l'ombre des bouleaux.
Trêve à ces débats de famille.

Voyez Ulm, votre sœur jumelle;
tenez vous en repos comme elle...

Otro día hablaremos de la forma; hablaremos de esos grandes artistas que se llaman oradores parlamentarios.

EMILIA PARDO BAZÁN